

El rol de la Mujer en los procesos de integración regional Derecho e Institucionalidad

Conferencia de Apertura de la Presidenta del Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires Inés Weinberg de Roca

En 1990, la doctora en demografía y fotógrafa Zulema Recchini, fallecida el año pasado, llegó por primera vez a Mozambique y de inmediato quedó deslumbrada no solo por el clima, la bella diversidad geográfica y la gente, sino especialmente por las mujeres. Mozambique es uno de los países más pobres de Africa, con una gran variedad de grupos étnicos y lingüísticos, según se lee en su libro “Recordar es vivir”.

La demógrafa prestó atención a un detalle vinculado con las mujeres: ellas llevan una “capulana” sobre sus faldas, que usan para todos los fines necesarios. Tanto cargan a sus bebés como se sientan sobre el suelo para comer, y en medio de tanta pobreza resalta el color de esos paños de tela y diseños, que componen un mosaico vistoso, más allá de la diversidad étnica y lingüística.

La autora rescata, además, una reflexión fundamental para entrar en el tema que hoy nos convoca. Cito: “Esa paleta de colores resulta aún más notable porque la visten quienes la tradición relega a las labores más duras, ya que la mayoría de las mujeres realiza no solo el trabajo reproductivo, sino también el productivo. El 80% de la agricultura y de la cría de las pequeñas especies está a cargo de las mujeres mozambiqueñas”. Desde niñas acarrean el agua y la leña, y son las que más participan en las tareas comunitarias dando continuidad a una tradición.

Esta pequeña historia de un país remoto contiene datos clave para abordar el rol de la mujer en los procesos de integración regional. De manera bastante similar al continente africano, en varios países de América latina los conceptos de comunidad, integración, trabajo colaborativo,

solidaridad entre pares, está muy presente para sacar adelante la vida en las pequeñas aldeas y pueblos de nuestra región.

¿Qué nos hace falta? Más confianza en nosotras mismas, para que nuestras voces silenciadas durante tan largo tiempo sean escuchadas, para que se comprenda la diferencia que podemos hacer en nuestras respectivas sociedades y para que se sepa que agregamos valores a la vida en comunidad cuando lo hacemos juntas.

No olvidemos de dónde venimos. Las protestas y manifestaciones feministas, han colocado muchos de los reclamos de las mujeres en la agenda pública de decenas de países.

Hoy mismo, en pleno siglo XXI, hay niñas de 11 años que son obligadas a contraer matrimonio con individuos de 40 años en países de Oriente. Y en Afganistán, la tiranía de los talibanes acaba de prohibir la voz de las mujeres: ya no pueden cantar ni hablar ni recitar en público. Ese silencio forzado legitima su persecución y su castigo.

En su reciente intervención ante la Asamblea General de Naciones Unidas, la actriz Meryl Streep tomó la palabra para denunciar esta situación: “Hoy en Afganistán un pájaro puede cantar pero las mujeres no”.

Lo expresado impacta porque expresa la fragilidad que, en muchos lugares, tienen los derechos que las mujeres conquistan y luego pierden, impidiéndoles integrarse no solo a los procesos de desarrollo de sus propios países, sino sobre todo a ampliar el horizonte para las futuras generaciones de mujeres.

Procesos diferentes y una misma meta

Solo un par de datos para observar el lento y continuado trabajo de integración que miles de mujeres han llevado a cabo en distintas épocas y en diversas partes del mundo. La fuente es una publicación titulada “El Atlas de la revolución de las mujeres”.

Tras la Revolución Francesa en 1789 se crearon Clubes de Mujeres donde se reunían a debatir, a informarse y a organizar acciones dentro del proceso que había dado inicio. Hasta que fueron prohibidos en 1793 se conformaron 56 clubes en toda Francia.

En 1970 se desarrolló en los Estados Unidos, la protesta “Women’s Strike for Equality”, encabezada por la reconocida feminista Betty Friedan, exigiendo guarderías gratuitas durante 24 horas bajo control comunitario, al tiempo que se reclamaba igualdad de oportunidades de trabajo y educación, entre otros temas.

Desde Bolivia a Turquía, desde Islandia a la Argentina, en todo el mundo hay hitos que marcan que las mujeres hemos estado presentes en busca de procesos de integración local e internacional, quizá porque mejor que nadie sabemos que nadie se salva solo, y que el trabajo en equipo y la acción cooperativa son la base de la fortaleza para el desarrollo.

Las mujeres somos más de la mitad de la población en la Argentina. Calificamos bien en los concursos, ocupamos cargos en el funcionariado de las instituciones pero seguimos teniendo serias dificultades para acceder a los puestos de decisión.

Por eso, cuando decimos que el Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad de Buenos Aires es, junto el de Santa Cruz, una excepción entre las Cortes provinciales del país, porque tenemos mayoría de mujeres, nuestros interlocutores se sorprenden. Hay Tribunales Supremos que no tiene una sola integrante femenina.

A estas alturas debería haberse naturalizado que, siendo más de la mitad de la población del país, la igualdad de oportunidades debería ser un derecho adquirido en cualquier ámbito y no un reclamo.

Pero si aún estos ejemplos no fueran suficientes para mostrar la necesidad de enfatizar el rol de la mujer en los procesos de integración regional, tenemos hoy un problema

serio que, de tanto aparecer en los medios, se asume como una postal dramática del presente: las mujeres migrantes.

Según un artículo de Paloma Moré Corral en el Atlas antes mencionado, “en las últimas décadas se considera que la feminización es una de las características de las migraciones contemporáneas. Esto implica que cada vez más mujeres envían remesas y apoyan económicamente a sus familias, un fenómeno que impacta en las dinámicas sociales y familiares, y en especial en los procesos de toma de decisiones”.

Claro que debido a las desigualdades de género, tanto en los países de origen como de destino, según señala la autora, “las mujeres se enfrentan a una discriminación interseccional, vale decir, como mujeres, como migrantes y como extranjeras”.

Las migraciones femeninas, según expresa Moré Corral, contribuyen de manera sustancial al desarrollo de sus países de origen. Miles de millones de dólares, según el Banco Mundial, son las remesas que envían. Y aunque las cifras no se desagregan por género, sí se sabe que las mujeres siempre envían un porcentaje mayor de sus ingresos.

Ganar autonomía como mujeres sigue siendo una tarea difícil pero no imposible. Siguiendo la teoría de Betty Friedan hay que deconstruir el relato sobre el lugar de la mujer y sacarlo del ámbito meramente publicitario. Y esto se hace desde la educación, desde los medios de comunicación y desde las redes.

Son diversos los estamentos que se han dedicado a segregarse a las mujeres de los espacios de poder, por fuera de la vida productiva y reproductiva.

Las mujeres debemos aprender a ser más solidarias y a defender nuestros espacios. Los hombres no harán esto por nosotras. Pero además es imprescindible aprender a trabajar nuestras debilidades en los ámbitos de decisión para que se visibilicen mejor nuestras fortalezas.

Estamos en un momento ideal para mostrarle al mundo qué y cuánto podemos aportar a los procesos de desarrollo de nuestras sociedades. Somos mejores cuando nos unimos porque unidas construimos sociedades más inclusivas, resilientes y sostenibles.

Debemos garantizarnos espacios en los ámbitos institucionales y privados donde estemos presentes, para avanzar en un pacto que tenga a la igualdad de género en el centro del crecimiento económico, social y cultural. Seamos imaginativas en la creación de políticas afirmativas que aceleren los cambios y que hagan que ese horizonte de igualdad y sostenibilidad que buscamos sea definitivamente real.

Muchas gracias